

Las disonancias señalan aquí una fisura, la ironía la esconde. Desde que empieza, el lirismo pierde un ritmo; este pudor de poeta entre dos sillas, que prefiere el frío al sol, acompañará una vida agujerada.

En 1948, en París, Christian Dotremont inventa “Cobra” con amigos pintores que también son poetas o como si lo fueran: Asger Jorn, Corneille, Apel, Constant... Mucho antes, para sacudir al surrealismo sumido en su propia hipnosis, había proclamado: “Todos los medios se valen para robar al inconsciente”. Vea que las vanguardias que no mueren rápido se convierten en iglesias.

Cobra –movimiento instintivo de la libertad de expresión total y no totalitaria– se disuelve muy rápido: “Ya estábamos cansados”. También se libera de la tentación comunista.

“Las palabras inspiran”, afirma, pues cree en su genealogía y en su sabor: el poema nace de las palabras –Mallarmé no decía lo contrario. Las palabras viejas y las que él inventa, las palabras en las cuales inserta sílabas, un procedimiento retórico (las *tmesis*), o algo cifrado –mensajes secretos, novelas de aventura–, prótesis para que el verso cojee, si es que el poema no ha pasado ya bajo el hacha. Juegos amargos donde la vida hace trampa. La familia de Dotremont está conformada por Queneau, Michaux, Tardieu. La escritura automática, el calambur, el juego de palabras, en los que se escabulle el sentido, risueño, ácido o grave: “El comisario distribuye las hostias a los comisionarios”. “El que

posee más hostias tiene derecho a la hamaca de primera”. O estos: “Estas manos tocan el silencio (...) *Que van a teclear tu alma al fondo del piano blanco*”.

Más allá del placer de las palabras –“De tanto apartar los ojos de mi vida De tanto regalar el lago Lamartine *Que* por cierto se llama de otra forma”... sólo le falta encontrar una página blanca para la escritura nueva que siente germinar en él como una hierba, “su escritura china”. La descubre en *otra parte*, pues, también necesita moverse:

A parte del deseo explosivo que me mueve
de ser de nuevo el niño que sabía leer y decir
los poemas de las manos y las frases de las rutas.

Esa *otra parte* será la Laponia finlandesa. Allí, inventa sobre la nieve los “larganieves”, escritos con un palo; sobre el papel –de formato grande, inventa los “logogramas” trazados con tinta china, signos que surgen del ser acampado “en medio de la nada”, señala Yves Bonnefoy en su prefacio. Escritura vecina de los signos de Michaux, venidos de otra “lejanía interior”, que la historia de las literaturas aún no ha cubierto. Un cáncer detuvo el viaje al cruce de caminos entre el onirismo romántico y el Oulipo, hace casi dos décadas, el 20 de agosto de 1979. –

– Traducción de Guadalupe Sánchez Nettel

LIBROS: JUAN JOSÉ REYES

Vidas literarias

Guillermo Cabrera Infante, *Vidas para leerlas*, Alfaguara, 1998.

HAY MUCHO DE NOVELISTA EN UN BIÓGRAFO, aunque esto se dude o se niegue. Los que piensan que no acuden al testimonio de la Verdad: el biógrafo está obligado a dar con ella para darla a los demás. Pero no otra cosa ocurre con el novelista: construye una verdad –ésta con minúscula e igualmente humana–, la verdad de la imaginación o los recuerdos de verdad. No hay duda de que estas vidas de Guillermo Cabrera Infante zarpan casi siempre del recuerdo para llegar al centro y a los pliegues ocultos de sus personajes. Son vidas de memoria, memoria de vidas. Están más allá del retrato, incluso más allá

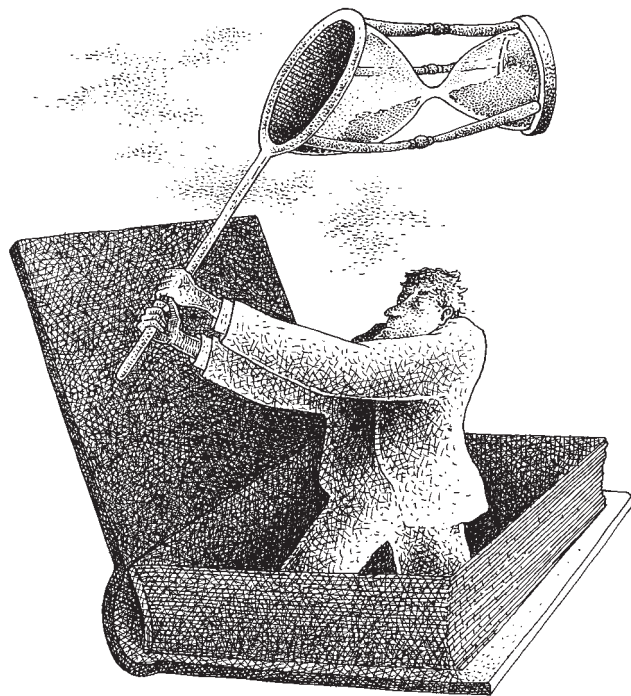
de la evocación. No han sido creadas sólo con las herramientas del narrador, y no hay duda en todo caso de que tales instrumentos van abriendo caminos, trazando líneas entre las líneas paralelas hondas y quebradas de personajes que mantienen en su sino –diría Guillermo Cabrera Infante– el sí a la vida y el no rotundo, redondo a la simulación. Ningún artificio hay en esta muchas veces emocionada y sin falta alerta tarea de recreación. A los elementos de que echa mano el creador de vidas –los testimonios de otros en algunos casos y con la mayor frecuencia la propia constatación vital– Guillermo Cabrera Infante, terrible y amable, suma la imaginación, el malabar verbal y el brío cálido de su disparada astucia narrativa, y va poniendo ola sobre ola junto a la brisa rauda las coordenadas mudables y profundas de

unas vidas para ser escritas, que escritas fueron ya con los acentos, los ritmos, las intenciones varias de mundos que —casi todos— parecen destinados a renovarse sin fin. Mundos de Cuba, en Cuba, que laten y laten con una soberbia y precaria o zozobranante o hermosa vitalidad en sus pliegues iluminados, en sus zonas recónditas, en sus ecos que huyen de las sombras, en el sigilo de las luces, en la circulación del deseo, en el florecimiento del sexo en un trópico de carne suntuosa y altiva, en el ritmo de las palabras, las ondulaciones de las voces, el júbilo de la canción, la música que es una clave de soledad identidad.

Pero las vidas que lee Guillermo Cabrera Infante no dan registro de una suerte mala de cubanía más que improbable, por fortuna y al contrario: son estrictamente las propias vidas si bien no contadas con la minuciosa paciencia del que proyecta y tiene biografías, sí releídas en sus espacios abiertos y secretos. Son vidas que son travesías que avanzan a menudo en las crestas del entusiasmo, la pasión feliz comúnmente asediada y que también no pocas veces no llegan a buen puerto sino que son escenarios de naufragios entre las tarascadas de los tiburones.

“ Toda historia aspira siempre a la condición de historia”, lee el lector al comienzo. Pronto dará con vidas precisas preciadas de personajes más o menos cercanos a Guillermo Cabrera Infante. Más o menos: no hay una declaración, una prueba explícita o suficiente de que, por ejemplo, Virgilio Piñera está más cerca de Guillermo Cabrera Infante que José Lezama Lima —lo que no quiere decir que Lezama no haya estado próximo en algún sentido. Las vidas de estos dos escritores de veras disímiles uno del otro corren efectivamente paralelas. Y en esta geometría compuesta menos por la precisión que por la irrupción del azar las paralelas se tocan, y no en el infinito —como alguien imaginaría— sino en el sendero de la esquina, en la esquina y terca vuelta de los espejos que se surcan. Geometría de La Habana, no euclidiana. Las líneas compartidas por Virgilio y Lezama se tocan y se cruzan y se bifurcan sin cesar. Mientras “Lezama era la personificación de la generosidad, en la literatura y en la vida, verboso tanto como generoso”, Virgilio es un “Sócrates secreto”, “desconfiaba de la posteridad efímera que es el éxito”, “era un homosexual curiosamente moral, pero no de una moral moderna sino casi victoriana, un pudibundo y lo más alejado que había de un libertino, como él decía: Virgilio, apostado frágil en la marginalidad, es un tenaz *outsider*”. Lezama, que comparte aquella vida en las márgenes por la homosexualidad, está en el centro, es un imán y un surtidor.

Se trata —como los otros— de un texto construido con exacta sabiduría y que no disimula su emoción ante un hombre que no supo disimular y que no quería émulos: Virgilio Piñera. Esta será una constante en el libro de Guillermo Cabrera Infante: el ánimo de la comprensión, la suscripción de valores que a fuerza de vivir arraigados y floreciendo en vidas concretas se despliegan en mundos más amplios, regiones vitalmente comunes. Historias de hombres y mujeres —Lezama y Virgilio, Calvert Ca-



sey, Lydia Cabrera, Enrique Labrador Ruiz, Nicolás Guillén, Carlos Montenegro, Antonio Ortega, Reinaldo Arenas, Néstor Almendros, Lino Novás, Alejo Carpentier (vida de máscaras y acentos menores), Federico García Lorca en su hora caribeña— que trazan y tienden y pueblan una vasta zona cubana, semillas en el corazón de un fruto arrancado del paraíso, un cálido paraíso y fresco y uncido al lujo natural del deseo, y también —en su totalidad— poblado por el “infierno letrado habanero”. No es la historia de la literatura cubana del siglo —hay vidas ausentes, como la de Gastón Baquero— y es la historia de un mundo alucinante no pocas veces. Una historia acechada, de cercenaciones, de represiones, de persecuciones, de crímenes sin castigo. La historia de la totalidad que no admite diferencias, que contiene varias —y desde luego no todas— de las páginas negras del régimen del dictador Castro. En ella se prueba nuevamente que es difícil que haya amistad sin admiración. Aquí encontramos el otro texto largo de estas vidas, el dedicado a Calvert Casey, víctima del machismo totalitario y de la torcida astucia de algún personaje que, confuso, se propuso trepar no sólo en el terreno del comentario literario sino también en el del inventario de la canalla política y antiliteraria. —